

o con mal modo, ni que sus mandatos sean justos o injustos, ni que sea impertinente; eso no es cuenta nuestra; obedecer es nuestra divisa; hacer en todo y por todo la voluntad de Dios, es nuestro deber; lo demás no debe preocuparnos, que mientras más duro sea el mandato y más imprudente la persona que lo ha ordenado, más mérito tendrá nuestra obediencia. Además, a esa obediencia va unido un constante sacrificio, de manera que cada acto de mortificación que nos imponamos al obedecer, es un sacrificio muy grato a los ojos de Dios Nuestro Señor, y una prueba que le damos de que tenemos deseos de seguir sus pasos imitándolo a El como a nuestro modelo más perfecto. ¿Nos pide sacrificios pequeños pero constantes? pues no se los neguemos; cada uno de esos sacrificios representa un acto de amor que nuestro corazón quiere consagrarle a Dios. De manera que si estamos sentados muy bien, con toda comodidad, y nuestro cuerpo de ese modo se siente contento y descansado, tomemos una postura molesta, procuremos incomodarlo, y de esa manera, sin que nadie se aperciba siquiera de que nos estamos sacrificando, ya Dios lo vió y aceptó ese sacrificio con alegría. Si estamos hablando muy satisfechos, accionando con los brazos, y en ese momento nos consideramos felices porque estamos contentos, crucemos nuestros brazos, guardemos silencio, y ya habremos hecho otro acto de amor de Dios que Nuestro Señor recibirá gustoso.

Esa es la única manera de vivir perpétuamente sujetando nuestra voluntad, desechando nuestro modo propio para tomar el espíritu de la Esclavitud. Si hemos de ser esclavos de los demás en la obediencia, hemos también de ser esclavos de nosotros mismos, es decir, hemos de hacer esclava de nuestra razón a la voluntad ciega y dominante que no trata más que de ser ella la reina en donde quiera. Nada, a machacarla bien machacada, a doblar la cerviz, y a rendir el juicio, porque solo así habremos alcanzado la verdadera Esclavitud.

Postradas en la presencia de la Divina Niña, deseosos como debemos estarlo, de la santificación de nuestras almas, y también de llegar a gustar esas dulzuras que da el trato con Dios, las mociones de Dios, la vida de contemplación, vamos a poner los medios que sabemos que son necesarios o convenientes para adquirir esa embriaguez de amor divino que hace tan felices a las almas que la comprenden y que han llegado a gozarla. El medio más seguro de llegar a saborear ese vino del amor que engendra virgenes y que embriaga los corazones, es únicamente el sacrificio; seamos locos por él, vengámonos constantemente para contrariar nuestra voluntad, humillémonos cuanto podamos, no nos disculpemos jamás, seamos dóciles para dejarnos corregir. La obediencia es sacrificio; obedecemos siempre, obedecemos con prontitud, obedecemos sin replicar, obedecemos con gusto y siempre alegres y veremos como esa vida de continua obediencia y de constante sacrificio, las lleva con perfecta seguridad a la perfecta unión con ese Corazón Sagrado que goza en concederles a las almas sacrificadas las dulzuras de su amor, la oración de contemplación, las mociones de Dios Nuestro Señor.

I. M. R.

